



TERESA RAPALLINI DE ARROCHE

TEATRO INFANTIL

DIÁLOGOS, COMEDIAS Y MONÓLOGOS

BUENOS AIRES

Angel Estrada y Cía. — Editores

466 — CALLE BOLÍVAR — 466

1916

29.262

TERESA RAPALLINI DE ARROCHE

B# 2.70

TEATRO INFANTIL

DÍALOGOS, COMEDIAS Y MONÓLOGOS



BUENOS AIRES

ANGEL ESTRADA Y Cía. — EDITORES

466 — Calle Bolívar — 466

1916



131 X 193

A mis padres



PRÓLOGO

A mis colegas:

El librito que tengo el honor de someter al juicio de todos mis colegas de la República, no aspira sino a llenar un vacío existente en la lista de los de su misma índole.

En efecto; al tratar de organizarse en las escuelas las fiestas conmemorativas de nuestros grandes aniversarios y aun las de fin de curso, los maestros no saben ya dónde acudir, porque todo lo que encuentran es conocido; está visto. Creí, pues, oportuno, publicar esta pequeña colección de obritas muy propias para unas y otras fiestas de las ya enunciadas, y lo hago con el deseo de que los niños encuentren en ellos solaz y enseñanza moral y patriótica a la vez y los señores Directores y Maestros, el medio de organizar una fiestecita amena e interesante.

TERESA RAPALLINI DE ARROCHE.

PROLOGUE

It is the duty of the Editor to inform the Institute of the
progress of the work of the Institute, and to report on the
results of the various expeditions and researches which have
been carried out during the year. The following is a summary
of the work done during the year 1900.

The first part of the year was devoted to the preparation
of the annual report, and to the publication of the
proceedings of the Institute. The second part was devoted
to the preparation of the annual report, and to the publication
of the proceedings of the Institute. The third part was devoted
to the preparation of the annual report, and to the publication
of the proceedings of the Institute. The fourth part was devoted
to the preparation of the annual report, and to the publication
of the proceedings of the Institute. The fifth part was devoted
to the preparation of the annual report, and to the publication
of the proceedings of the Institute. The sixth part was devoted
to the preparation of the annual report, and to the publication
of the proceedings of the Institute. The seventh part was devoted
to the preparation of the annual report, and to the publication
of the proceedings of the Institute. The eighth part was devoted
to the preparation of the annual report, and to the publication
of the proceedings of the Institute. The ninth part was devoted
to the preparation of the annual report, and to the publication
of the proceedings of the Institute. The tenth part was devoted
to the preparation of the annual report, and to the publication
of the proceedings of the Institute.



HONREMOS A LA PATRIA

DIÁLOGO

PERSONAJES: EL PAPÁ Y EL HIJO (ANTONIO)

ESCENA: *Una habitación con unas sillas y una mesa.*

ANTONIO.—(*Entrando, y como hablando consigo mismo*).—Vaya una razón la de la maestra; yo no la entiendo, y voy a consultarlo a papá

(mirando a todos lados); pero, ¿qué es esto, no lo encuentro aquí?, ¿habrá salido? (se asoma a la izquierda y llama) ¡Papá! ¡papá! (El padre entra por la puerta de la izquierda).

ESCENA II

EL PADRE Y EL HIJO

EL PAPÁ. — ¿Qué me quieres, tan temprano?; ¿qué se te ocurre?, ¿algún tema de composición que no entiendes o no sabes hacer?

EL HIJO. — No, papá, no es eso; pero es una explicación de la maestra que no comprendí bien.

EL PADRE. — Veamos. ¿De qué se trata, entonces?

EL HIJO. — Como estamos en la Semana de Mayo, hemos hablado toda la mañana de la Patria, de sus héroes, de las hazañas de los mismos y en la última hora nos dijo que para mañana debíamos decir cada uno de nosotros cómo pueden los niños honrar a la Patria.

EL PADRE. — Muy oportuna encuentro la pregunta de tu maestra y, sobre todo, muy útil para vosotros, los niños.

EL HIJO. — Vaya con tu ocurrencia, pues yo tuve por muy desatinada esa pregunta, porque...

¡compararnos a nosotros con Belgrano, con Moreno, con Sarmiento!

EL PADRE.— ¡Ja, ja, ja!; pues no se trata de ser un Belgrano, ni un Moreno, ni un Sarmiento, pero sí, empezando ustedes desde luego a comprender los deberes de un buen argentino, llegarán cuando tengan edad y ocasión para ello, a ser como Belgrano, como Moreno y como Sarmiento.

EL HIJO.—Dijo mi maestra, que había en el grado alumnos que honraban mucho a nuestra Patria; y otros, que ni debían decir: ¡Soy argentino!, porque sería una vergüenza para los demás tener semejantes conciudadanos. Yo salí pensando en eso; pero no acabo de comprender, y como mañana debemos demostrarle que hemos entendido la explicación y nombrarle a los alumnos que, según nuestro parecer honran mucho a la Patria, deseo me des una explicación al respecto.

EL PADRE.— Dime, Antonio: ¿cómo fué Sarmiento, cuando tenía tu edad y concurría a la escuela como alumno?

ANTONIO.—Dicen, que fué muy puntual y estudioso.

EL PADRE.— Muy bien; y no deben serlo así todos los alumnos, niños y niñas?

ANTONIO. — Ya lo creo; todos debemos procurar ser excelentes alumnos, no faltar a clase y estudiar muchísimo.

EL PADRE. — Veo que entiendes perfectamente; pues bien, Antonio; un niño que estudia, cumple con sus deberes y aprende, se instruye, se ilustra; se prepara para ser buen hijo; un honrado labrador o un distinguido médico o abogado, más tarde un buen padre de familia, un excelente ciudadano, que, sin ser soldado, porque no ha habido necesidad de ello, es, sin embargo, honra de su Patria, y ojalá fueran así todos los niños argentinos: buenos, cumplidores, estudiosos.

EL HIJO. — Es verdad, y hay muchos niños que obran de una manera muy distinta a la que tú acabas de decirme; no estudian, faltan a la escuela, no atienden a la maestra cuando van y no aprenden nada. ¡Esos son, sin duda, los que dijo la Señorita que no debían decir que eran argentinos!

EL PADRE. — Seguramente. Ya vas entendiendo, pues, a lo que quiso referirse tu maestra. Voy a decirte algo más: los niños deben empezar, desde pequeñitos, a conocer y cumplir sus deberes; pues el que desde la infancia aprende a obedecer a sus padres y maestros,

obedece más tarde a los superiores con quienes tenga que trabajar en la vida. Y si alguna vez puede ser independiente, es decir, trabajar solo y por su cuenta, sabe obedecer siem-



pre y en todas las circunstancias las leyes de la Nación. Y la Nación Argentina, como todas, para ser grande, necesita hijos honestos, honrados, laboriosos; ciudadanos que cumplan sus deberes y que trabajen para la familia y, por lo tanto, para la sociedad y para la Patria. ¿Sabrás dar tu opinión a tu buena maestra?

EL HIJO. — Sí, papá, pues entendí perfectamente cómo podemos mis compañeros y yo honrar a la Patria. Ahora, podríamos terminar nuestra conversación, dando un vibrante ¡Viva! Tú, que como yo, eres argentino, has de sentir en ello un placer ¿verdad?

EL PADRE. — Sí, hijo mío, un abrazo a ti, que eres muy bueno y un viva a la Patria. (*Se abrazan y dicen:*

AMBOS. — ¡ ¡Viva !!



TESOROS DEL CORAZÓN

Aunque me veáis chiquitito
Tengo grande el corazón,
Y en él están guardaditos
Los tesoros de mi amor

* * *

La imagen de mi mamita,
La de papito, también,
La de mi Patria bendita,
Que adoro con ciega fe.

¡CUÁNTAS CASUALIDADES!

MONÓLOGO

PERSONAJE: UN NIÑO, *con el codo vendado.*

ESCENA: *Una habitación, que puede ser una sala o escritorio.*

— Voy a referir, a ustedes, señores, lo que lo causal de las casualidades que en este día se propusieron ofrecérseme al paso, me brindó y... de seguro que rabiarán ustedes; digo, reirán ustedes por todo lo que yo rabié y, ¡vaya si rabié! Pues, allá va: «Levantéme muy temprano, porque como no había estudiado la lección, ni había hecho los deberes, iba a resultarme corta la mañana para tantas cosas. Apuradísimo salto de la cama, me enredo en la colcha y... patatús, rodé por el suelo como una bola y, con tanta mala suerte que, al caer, golpeé en el codo. ¡Qué dolor! ay! ay! ¿No se han dado ustedes nunca un codazo?... pues

señores, se lo deseo a todos para que puedan así darse cuenta de la intensidad y calidad de mi dolor. Quiso la casualidad que hubiera en el suelo un alfiler y, ¿qué me dirán ustedes cuando sepan que se introdujo sin miramientos debajo de mi epidermis? Ya no gritaba, yo, sino que aullaba. Mamá, que me oyó, se asustó, vino, y como mamá que es, supo consolarme y vendarme el codo, así como ustedes lo ven. Mi brazo quedó inmovilizado y ya no hubo que pensar en hacer deberes, ni estudiar lecciones.

A las ocho subió papá para tomar el desayuno, se enteró de lo sucedido, y me dijo: « Bien ; ya que hoy no podrás ir a clase, aprovecharé para mandarte llevar unas cuentas a D. Ruperto y a D. Serapio, dos clientes morosos que jamás piensan en pagar lo que me deben ». Contento por tener un día de asueto inesperado, me olvidé de mi dolor y fui corriendo a pedirle a Corina, la cocinera, que me sirviera el desayuno. Como iba cual torbellino, entré como ventarrón en la cocina, en el preciso momento que Corina se disponía a salir, llevando en la bandeja el café con leche para todos ; con mi embestida, cayóse la bandeja, rompiéronse las tazas y, por añadidura, se quemó las manos Corina, empezando a vociferar

y lanzar alaridos. Papá corrió a cerciorarse de lo que ocurría, y enfadado por verme culpable de todo se encaró conmigo, diciéndome: « Señor, ¿no acabará hoy con sus torpezas?... falta que se mate o haga matar a alguien; retírese de aquí, enciérrese en su cuarto y no salga de él mientras yo no se lo ordene... »

Mohino y cabizbajo, pero sin atreverme a protestar, fuíme a mi cuarto a llorar a solas mi desventura. Al poco rato, oigo pasos muy quedos y la veo venir a mamá con una bandeja: me traía el café con leche y tostadas. ¡Oh, las mamás!, ¡qué buenas, qué compasivas son siempre las mamás!... Al ver el humeante y aromático líquido y las apetitosas tostadas salté jubiloso, abracé y besé muchas y muchas veces a mamá, y luego devoré, más bien que tomé, mi desayuno. Con todo, ya eran las nueve de la mañana. A eso de las nueve y media me manda buscar papá con un empleado; bajo al escritorio y él, muy serio, me entrega las cuentas cuyo importe debía yo ir a cobrar, encargándome procediera con juicio y volviera pronto.

No bien hube salido a la calle aspiré con fruición el aire tibio y perfumado de la mañana, sentíme revivir y con ganas de correr, de sal-

tar, de jugar y, ¡oh casualidad!, veo venir a mi encuentro a Pepito, el hijo de D. Paco, muchacho de mi edad, con el agregado de que es más diablo que yo y tiene menos juicio que el que os habla. — Buenos días, Luis. — Buenos días, Pepito. ¿De paseo? — Sí; a hacer unas compras que me encargó mamá. — ¡Qué suerte!, nos haremos compañía; ¿no quieres venir tú primero conmigo y luego te acompañaré yo a tus compras? — Está dicho, ¡en marcha!... Salimos los dos dando brincos, saltando, corriendo y charlando, me olvidé ya de mi dolor en el brazo, llegamos muy pronto a la casa de D. Serapio, entrego la cuenta y, ¡oh sorpresa!, me entrega como respuesta un sobre conteniendo 80 pesos. ¡Sorpresa, sí, sorpresa! pues ¡cuántos meses hacía ya que no arreglaba sus cuentas con papá! «Tuvo buen palpito papá en mandarme a mí a cobrar», me dije yo; puse el sobre en el bolsillo y nos encaminamos a casa de D. Ruperto. Llego, entrego la cuenta y por toda respuesta sale furiosa la señora de D. Ruperto, D.^a Sinforiana. Señores, ¡que hiena!, los ojos fuera de las órbitas, el cabello erizado, los dedos crispados; se encaró conmigo, que empecé a temblar de pies a cabeza, creyendo que iba a tragarme.

—¿Con qué Ruperto le debe a tu padre? ¡Sí, con qué le debe? Pues dile a tu padre que no necesita él de mis centavos para comer, que cuando me sobren ya hablaremos de pagarle, ¡no faltaba más, vean qué ocurrencia! mandarle a uno la cuenta, como si no supiera lo qué debe hacer... Nos dió con la puerta en las narices y se *mandó mudar*. Vueltos en sí de la sorpresa nos miramos Pepito y yo sin hablar, pero nuestras miradas querían decir: ¡Qué susto!, ¡qué fiera!... ¡Gracias a Dios que se fué! Echamos a andar y Pepito me recordó que debía ir al mercado. ¡Al mercado, todavía! Si son ya las diez y media y yo no volví a casa y ¡mamá estará esperando la carne y la verdura! ¡Qué desesperación!... Pepito no atinaba a nada, ni sabía si debía correr o llorar. A mí me dieron ganas de reír y solté una terrible carcajada: ¡ja, ja, ja!, no me podía contener; ¡ja, ja, ja, ja, ja, ja... qué risa! Pepito se enojó al ver mi actitud; me llamó pícaro, burlón, mal amigo ¡y no sé cuántas cosas más!; empero, era tanta mi tentación, que cuanto más se enfadaba más reía yo. Pero ¿qué sucedió de pronto? La ira lo enloqueció a Pepito, saltó sobre mí y me propinó una tanda de puñetazos, que cortaron de golpe el chorro

de mi carcajada. Uno de ellos dió en mi pobre codo y ¡ay, ay!, se renovó mi dolor, recordé mi herida. Quise pedir disculpas a Pepito, pero no me dió tiempo y salió corriendo. Yo, tras él para alcanzarlo y convencerlo de que no pensé en hacerle daño ni incomodarlo; fué una fuerza superior a mí, no me pude contener y me reí, me reí y me río aún cuando me acuerdo de la cara compungida de Pepito. ¡Ja, ja, ja, ja!

Volví a casa, entré ufano en el escritorio, papá me miró la cara y como la notara demásiado enrojecida (a causa de los golpes), me interrogó seriamente. —¿Qué te pasó? ¿Te pegaron en lugar de pagarte?— No, papá —repuse yo— D. Serapio me dió ochenta pesos, pero D. Ruperto...—¿Qué hizo D. Ruperto, me interrumpió papá?—Nada, ¿qué había de hacer?... él no estaba en casa, pero salió la señora, una fiera con figura de mujer, me gritó, casi me arañó y me dió un portazo plantándome en la calle sin más preámbulos y diciéndome que si le sobrara, ya sabía ella que te debía pagar.

—Bien—dijo papá—ya pensaremos otra vez en D. Ruperto; dame ahora los ochenta pesos, que muy bien nos vienen.

Contento, introduzco mi mano en el bolsillo interior del saco... busco... ¡nada! Em-

piezo a asustarme e inquietarme preguntándome ¿si los habré perdido?... Busco en el pantalón, busco y rebusco, ¡nada! — «¿Pero, chico, grita papá, dónde guardaste ese dinero?» — «Aquí, papá, en el saco»... busco, busco, pero nada... Entonces recuerdo los golpes del furibundo Luis, recuerdo nuestros saltos, brincos y carreras, adquiero la certidumbre de que el dinero, junto con el sobre, habría salido de mi bolsillo. ¿Los habré perdido? — me atrevo a decir en voz muy queda... — ¡no lo hubiera hecho! La ira lo encegueció a papá, me tomó de un brazo, sacudióme fuertemente, y, a empujones, me trajo hasta aquí, encerróme, diciéndome: «Hoy es el día de las torpezas, vete de mi presencia, ¡perderme ochenta pesos, ochenta pesos! donde tendrá la cabeza ¡un niño tan grande». Yo, señores, aturdido, atontado, sin saber qué responder, con mi codo dolorido, con el corazón apenado por haber perdido, a causa de mis travesuras, los ochenta pesos que hubieran proporcionado tanta alegría a papá, concluí por llorar, llorar amargamente, resolviendo en mi interior ser de hoy en adelante el niño más juicioso que imaginar se pueda. Sí, no más juegos, no más diabluras, a ser juicioso, a hacer las cosas bien, con calma y a su debido tiempo,

debo presentarme a papá y confesarle mi resolución, pero... ¿y los ochenta pesos? ¿Será posible que no los vuelva a recuperar? ¿Será posible que los haya perdido? Yo no me convenzo; los guardé aquí, aquí, sí, señores, aquí. *(Señalando el bolsillo interior del saco; al poner la mano dentro la saca, ligero)*. Pero si está claro, el bolsillo roto, sí, señores, roto. ¿Cómo no había de perder el sobre? ¡Ahora comprendo *(empieza a examinar el saco por el revés; pero, sin embargo, aquí no se ve rotura ninguna. ¿Por dónde habrá salido el sobre?... (Toca el borde del saco y en seguida exclama, con alegría)*: ¡Aquí debe estar el sobre! ¡Qué felicidad, se me escurrió del bolsillo del saco y quedó entre el forro y el género! *(Introduce la mano y saca triunfante el sobre, lo abre y mira extasiado)*. Sí, ahí están los ochenta pesos, ahí están... ¡qué alegrón! Ahora corro a ver a papá, lo abrazo, le presento el sobre, le prometo ser más juicioso en adelante, todo habrá concluído y... hora es ya, porque señores... ¡qué mal día! ¿No piensan ustedes lo mismo? Bien; deseo que ustedes, como yo, celebren la terminación de los percances, prodigándome un aplauso. ¿Sí?...



LA TRAVIESA

PERSONAJES :

CELIA (*traviesa niña, como de 10 años*).

PACA (*la sirvienta, gallega, una mujer de edad*).

RAÚL (*hermano de CELIA*).

DOÑA CAMILA (*la madre*).

Un grupo de niños, que podrá ser aumentado o disminuido. Podrán ser ocho, por ejemplo.

MARÍA — JOSÉ — OSCAR — LOLITA — ALFREDITO —
MARTA — ANDRÉS — LÍA.

ESCENA : *Una habitación con una mesa y varias sillas.*

ESCENA I

CELIA.—(*Aparece por el fondo*). ¡Qué suerte la mía! ¡Cuánto hacía que aguardaba esta ocasión para poder llevar a cabo mi idea! ¡Hacer de dueña de casa!, ¡recibir a mis relaciones!, ¡obsequiarlas con te!, luego un poco de música y danza (*batiendo palmas y dando brincos*). Mamá tuvo la feliz idea de salir desde por la mañana para ir a ver a la abuelita, que no está bien, y me dijo no volvería hasta la noche— tiempo de sobra para realizar mis deseos.— «Celia—me dijo—sé juiciosa, no hagas travesuras y te haré un obsequio luego, que te dejará fuera de sí de alegría». Yo le prometí cuanto exigió, por cierto, pero en cuanto ella salió, salí yo también; fui a casa de mis amiguitas, invitélas para hoy, diciéndoles qué mamá había salido y para que yo no me aburriese sola, habíame consentido en que las invitara a pasar conmigo la tarde: jugaríamos, tomaríamos chocolate y bailaríamos. Todas ellas se pusieron locas de contento y yo... yo hubiera querido tener alas para volar aquí y disponerlo todo para el convite.

¡Y pensar que estaremos de estreno! Sí, señores, de estreno, pues sabrán ustedes que mamá compró el otro día un hermoso juego

de tazas de porcelana, un mantelito y servilletas nuevecitas que son un primor, parece que hubiera pensado que ¡tan pronto! iba yo a necesitarlas (*pensativa*). ¿Paca?... la terrible Paca, va a ponerme obstáculos de seguro, ¡ah!, pero ya daré yo cuenta de ella (*con energía*); ¡la encierro! ¡Vaya, si la encierro! si es que se le ocurre molestarme. Voy a traer lo necesario para preparar la mesa. (*Sale y vuelve en seguida con un paquetito, lo deja sobre una silla, lo desenvuelve y saca el mantel y las servilletas y de un estuche las tazas. Arreglando la mesa*). ¡Qué linda va a estar! Pondré en el medio unas flores, mandaré a Raúl por ellas (*llama, asomándose a una puerta*). Raúl... Raúl... Raúl.

ESCENA II

RAÚL Y CELIA

RAÚL—(*Entrando*). ¿Qué haces, Celia? ¿Qué me quieres?

CELIA. — Chist. Nada de preguntas. Ya lo verás, necesito que corras a la florería de la esquina y me traigas un ramo de rosas, toma, aquí tienes el dinero. Vé y vuelve al instante y sabrás para qué las quiero.

RAÚL—(*Saliendo*). Alguna de tus travesuras. ¡Ah, Celita, Celita! (*Sale meneando la cabeza*).

CELIA.—Raúl es muy juicioso, me costará quizá un poco decidirle, pero... entre todos lo hemos de conseguir cuando se encuentre rodeado de tantos amiguitos y vea la mesa preparada, no insistirá y será de los nuestros. (*Mientras habla deja terminado el arreglo de la mesa*).

RAÚL.—(*De vuelta, con un ramito de rosas*). Aquí tienes las flores, Celia. ¿Podré saber qué estás por hacer? ¿Y esta mesa preparada?



CELIA.—Oye, Raúl, ya sabes que estamos solos. Mamá no regresará hasta la hora de la cena; yo aproveché para invitar a nuestros amiguitos, que llegarán dentro de un momento

y con los que pasaremos una hermosa tarde, divirtiéndonos.

RAÚL.—¡Pero, Celia! ¿Y mamá no sabe nada? ¿Cómo te atreves tú a disponer así de la casa, sin que mamá te haya autorizado? ¿Y este juego de te y estas servilletas? Mamá las compró hace poco; no han sido usadas todavía y tú te atreves a estrenarlas?

CELIA.—¡Vaya un delito! ¿y qué hay de malo en que seamos nosotros y nuestras relaciones los del estreno, en lugar de mamá y las suyas? Además, yo lo guardaré luego todo, ¡tan bien!, que a mamá ni se le ocurrirá pensar en que han sido tocados. Déjate de tonteras, ayúdame a disponerlo todo para que la fiestecita resulte brillante. Vete al aparador y trae esos bizcochos de vainilla que anoche trajo papá; son muy a propósito para nuestro chocolate.

RAÚL.—No, Celia. Tú no debes hacer eso y yo no te ayudaré. Mamá se disgustaría muchísimo y los buenos hijitos no disgustan a su mamá. Y una mamita ¡tan buena como la nuestra! Guarda todo; cuando vengan nuestros amiguitos les darás cualquier excusa; luego jugaremos a la mancha, al gran bonete, al escondite y ya nos divertiremos lo mismo, sin disgustar a nadie. ¿No te parece mejor mi idea?

CELIA.—(*Enfadada*). Ya sabía yo que tú eras un tonto, ¡pero hoy llegas al colmo de la tontería! Estás viendo cucos por todos lados, no pareces un hombre. ¿Quieres secundarme, bien? De lo contrario, puedes irte con la música a otra parte.

ESCENA III

PACA — CELIA

PACA.—(*Entrando, y revelando un asombro terrible*). Y estu, ¿qué es estu, niña Celia? Digam'usté, ¿qué es estu?... El mantel nuevitu, y las tazas nuevitas, las servilletas nuevitas y los bizcochus. ¿Está osté de convite, niña Celia?

CELIA.—(*Con energía*). Sí, de convite, como usted acaba de decirlo. Y, a propósito, llega usted a tiempo, pues iba a ir a buscarla para decirle que tendrá usted que preparar el chocolate con que obsequiaré a mis visitas esta tarde.

PACA.—(*Asustada*). ¿Visitas, esta tarde? Peru si huy nun es día de recibu de la siñura. ¡Si estará loca, Dios mío, la niña Celia!

CELIA.—No, Paca, no estoy loca; es como usted lo oye, y hoy, soy yo la dueña de casa, y usted me obedecerá.

PACA.—Peru, niña Celia, a mí la siñura me diju al salir: «Paca, plancha tuda aquella ropa, tienes tiempu todü el día, cuida la casa, nun abras a nadie, purqué tú estás sulita cun lus chicus, tumarán el te a la tarde y yu vulveré a la hora de cenar; ¿cumprende usted, niña Celia?»

CELIA.—Pues, no será te, será chocolate y no abrirás tú; pero abriré yo a mis amiguitos. (*Suena el timbre*). CELIA sale corriendo y PACA, que queda ahí, exclama desesperada):

PACA.—¡Qué chiquilla ésta! Nun se puede cun ella, quiere salir cun la suya y nun hay vuelta que darle!...

ESCENA IV

CELIA—PACA—RAÚL—MARÍA—JOSÉ—OSCAR

(CELIA entra seguida de MARÍA, JOSÉ y OSCAR.)

CELIA.—Estoy contentísima, vean ustedes cómo he preparado la mesa. ¿Les gusta?

TODOS.—¡Oh! sí, está muy linda! y ¡con flores!

CELIA.—Sí. Mamá me obsequió exprofeso con este hermoso jueguito de te, que hoy estrenamos.

PACA.—Nun crean, niños. Este jueguitu lu cumpló la siñura y la niña Celia lu ha tumadu. ¡¡¡Cuandu venja la siñura!!!

CELIA.—¡Sal de aquí! ¿Quién te ha permitido intervenir en mis cosas? A planchar, ¡y esperar que te llame, y pronto!

(PACA sale. Se oye el timbre).

ESCENA V

CELIA—RAÚL—MARÍA—JOSÉ—OSCAR—ALFREDO
MARTA—ANDRÉS Y LÍA

CELIA.—(*Saliendo por la derecha*). Esperen un instante; deben ser los chicos de Ruiz; voy a su encuentro; tomen asiento ustedes. (*En seguida vuelve acompañada de ALFREDITO, MARTA ANDRÉS y LÍA.*) (*Los niños se saludan y CELIA y RAÚL ofrecen a todos sillas para que se sienten*).

OSCAR.—(*Parándose*). Yo les propondría si a ustedes les parece bien, que para pasar mejor la tarde, bailásemos. ¿Aprueban?

TODOS.—(*Con alegría*). Sí, sí, bailemos.

MARÍA.—¿Qué bailaremos?

CELIA.—Podría ser un minué o una gavota.

RAÚL.—¿Y quién tocará? ¿O piensan bailar sin música?

CELIA.—Habrá música. Tú sabes tocar, y José también; aquí en la sala está el piano. (*Señalando una habitación contigua*). Abriremos la

puerta y oiremos perfectamente. ¿Conformes?

TODOS.—¡Sí, sí!

LÍA.—Pero, no hemos dicho aún qué bailaremos. ¿Será la gavota o el minué?

(TODOS.—El minué. *(Esto puede variar, pues si el que enseña la comedia se decide por la gavota, será lo mismo)*).

CELIA.—Raúl, ve y empieza a tocar para que te sirva de repaso, mientras nosotros nos disponemos para el baile. *(A los primeros acordes se asoma la sirvienta, con una plancha en la mano, y dice)*:

ESCENA VI

LOS MISMOS Y PACA

PACA.—Y baile, también, si lleja la siñura, niña Celia, otru baile será. *(Indica con la mano la acción de pegar)*. Y nun será mía la culpa, pus ya le dije yu, que nun hiciera locuras. *(PACA se retira)*.

ESCENA VII

CELIA y los demás.

CELIA.—*(Enfadada. Va hacia el fondo en dirección a PACA)*. ¿Si se habrá usted propuesto hoy echar a perder nuestra fiesta? ¡A planchar

y no vuelva a asomar, porque si no!... (*Amenazando con la mano. Volviendo*). ¿Pero habrás visto cosa igual? Se le ha metido entre cejas que no hemos de jugar, ni bailar, ni tomar chocolate. ¡Es terrible, la gallega ésta! Mamá me encargó que la vigilara y le exigiera planchara todo el día; a cada rato se le ocurre venir por acá para remolonear un tanto. ¡Oh, estas sirvientas! ¡Yo no sé cómo puede mamá tener paciencia para lidiar con esta mujer! ¡Pero, hum, si la entiendo yo!... Es claro, ella, no quiere que tomemos chocolate por no hacerlo y no lavar luego las tazas y el mantel, si se mancha. Pues bailaremos ahora, y luego tomaremos chocolate, y ella lo hará. ¡Ya lo creo, que lo hará! Raúl, sigue tocando. (*Se disponen y bailan el minué. Al terminar, dice JOSÉ*):

JOSÉ. — Aunque está mal que lo digamos nosotros, pero debemos reconocer que hemos bailado un minué magnífico. ¿No piensan ustedes como yo?

MARÍA. — Así me parece a mí también, no nos hemos equivocado, parece que nos hubiésemos ensayado de antemano. (*CELIA toca un timbre, para llamar a PACA*).

ESCENA VIII

PACA Y LAS MISMAS

PACA.—(*Se presenta*). ¿Qué manda la niña Celia?

CELIA.—Que haga en seguida chocolate y lo traiga, yo lo serviré aquí.

PACA.—Nun siñurita, yu nun haré chuculate, a mí la siñura me diju que debía de hacer te e yu nun haré sinú te.

CELIA.—Ya le dije a usted, que me debía obedecer. ¡Hoy soy yo la dueña de casa!

PACA.—Nun niña Celia, yu sientu muchu, peru yu nun quieru que la siñura se enoje cunmiju. (*Se va*).

ESCENA IX

CELIA y demás

(CELIA, hablando a sus amiguitas).

CELIA.—Para hacerla rabiar a esta gallega, y para divertirnos más, se me ocurre una idea. Oigan ustedes: La llamo, una vez aquí le diré que le ate bien el zapato a Lía, que se le ha desatado; mientras ella se agacha yo voy por detrás y con un pañuelo le vendo los ojos.

Si quiere levantarse, ustedes se lo impiden entre todos, ayudándome hasta que yo le deje bien atado el pañuelo. Luego, le diremos: ¡Gallo ciego, gallo ciego! Toma a cualquiera de nosotras y acierta su nombre; si lo haces te quitaremos la venda. Nos iremos alejando hacia ese lado; yo seguiré hablando y nombrándola; ella tratará de tomarme; una vez adentro de esa habitación, que es el escritorio, yo la encierro con llave y nos divertiremos en grande con sus apuros. ¿Qué me dicen de mi juego?

OSCAR.—Aplaudo y acepto tu idea, por lo ingeniosa y divertida.

TODOS.—¡Muy bien, muy bien!

CELIA.—(*Llamando*). ¡Paca, Paca, venga usted, pronto

ESCENA X

PACA Y LAS MISMAS

PACA.—¿Qué dice, niña Celia?

CELIA.—Vea, Paca, átele usted fuerte el zapato a Lía, que se le desata a cada momento.

PACA.—Cumú no, niña Lía. (*Lía saca el pie hacia adelante; PACA, en cuclillas, se dispone a atarlo. CELIA, por detrás, le venda ligero los ojos y como PACA trata de levantarse, entre todos los*

niños, que la toman de los brazos, se lo impiden. Terminado el vendaje, la sueltan y empiezan a saltar a su alrededor y JOSÉ, dice:

JOSÉ.—Si usted, Paca, consigue tomar a uno de nosotros y acertar a quién ha tomado, le quitaremos la venda. (PACA empieza a dar vueltas con los brazos extendidos. Los niños saltan a su alrededor, gritando: ¡Gallo ciego, gallo ciego! Más cerca de ella, CELIA, le dice):

CELIA.—¿A qué no me toma a mí? (*Y se va alejando hacia el escritorio. PACA, que la oye, la sigue. Una vez las dos dentro de la pieza, CELIA se escurre fuera; ligero y rápida la encierra a PACA. Todos los niños gritan y aplauden*). ¡Bravo! ¡Bravo! (RAÚL, a un lado, está pensativo; en seguida habla).

RAÚL.—Celia. Yo creo que hemos hecho mal en encerrarla a Paca; mamá le encargó que planchara, ahí no podrá hacerlo y cuando venga mamá se disgustará. ¿No te parece que debemos abrirle?

CELIA.—¿Vuelves a tus tonterías? ¿Quieres hacerle compañía a esa deschabetada de Paca? Si es así, avísame y te llevaré a que te diviertas con ella ahí encerrado. (*Volviéndose a sus amiguitos*). Jueguen ustedes un rato, que yo voy a preparar el chocolate. (*Sale por el fondo*).

TODOS, *menos CELIA*

OSCAR.—¿Qué es esto? Se nos acabó la alegría por culpa de esa pícara gallega. (*Señalando el cuarto donde está encerrada PACA. Hagamos pronto una rueda y saltemos y cantemos*).

TODOS.—Sí, sí, a rondar. (*Se toman saltando de las manos y suenan golpes furiosos en la puerta del escritorio, al tiempo que se oye a PACA gritar*): Señuritus, abran esta puerta yu tenju que planchar. (*Golpes*). Siñurita Celia, la siñura va a venir y se enujará conmiju. Yu les dejaré jugar... (*Suena en este momento el timbre*).

RAÚL.—(*Azorado*). ¡Mamá, que vuelve! ¿Qué dirá ahora?... (*Suena de nuevo el timbre*).

MARÍA.—Iremos a abrirle. ¡Qué alegría! participará de nuestro chocolate!

RAÚL.—(*Deteniéndola*). ¡Oh, no, espérate, mamá no sabe nada!... (*Se oye el timbre. OSCAR corre a ver quién es y vuelve por una puerta con la mamá, al tiempo que por la otra aparece CELIA trayendo en una bandeja el chocolate. LA MAMÁ mira asombrada todo lo que le rodea, y CELIA, azorada, se queda de pie cabizbaja, sin dar un paso más. Pasado el primer momento de estupor general, habla LA MAMÁ*).

ESCENA XII

TODOS, *más* LA MAMÁ

LA MAMÁ.—¿Querrás explicarme, Celia, que significa esta mesa preparada, estos niños y lo que traes ahí?...

JOSÉ.—Pero... señora. ¿Acaso no sabía usted que vendríamos a pasar la tarde con Celia, que estaba sola?... Ella fué hoy de mañana a invitarnos y muy contentos vinimos esta tarde. ¡Cómo hemos jugado! Hemos bailado y ahora nos disponíamos a tomar chocolate. Llega usted a tiempo y le ofrecemos la primera taza...

LA MAMÁ.—Hijitos míos, la presencia vuestra en mi casa no me disgusta, pero me asombra, pues yo no estaba enterada de nada y estas cosas no deben hacerse nunca sin permiso de la mamá. Celia ha hecho muy mal en invitarnos, sin antes haber solicitado mi consentimiento, ha hecho mal en aprovechar mi ausencia y peor aun, en hacer uso de este mantel y tazas que yo compré y no usé todavía, podría haberse manchado, y yo lo compré para hacer un obsequio; ya véis, cuán mal ha procedido la pícara Celia. ¿Y Paca? (*mirando a todos lados*) cómo ha consentido en todo esto? (*Se oyen golpes en la puerta y las voces*):

PACA.—Niña Celia, ábrame, yu tenju muchu qué hacer! (*Golpes*).

LA MAMÁ.—¿Qué es esto, Paca encerrada? ¿Esto es el colmo! ¿Hasta cuándo seguirás tan incorregible, Celia? (*Enfadada, va a abrir*).

CELIA *deja la bandeja sobre la mesa y cubriéndose la cara con las manos, llora*).

PACA.—¡Siñura! gracias a Dios qui usté ha venidu, esa niña Celia es el demoniu; mire usté, porque le dije que yu nun haría el chuculate, porque le dije que la siñura se enojaría cuandu supiera esu, me engañarun, me taparun lus ojos cun este pañuelu y me encerraron ahí dentru!

(*RAÚL está cabizbajo al lado de CELIA, y LÍA se adelanta, diciendo*):

LÍA.—Señora: yo lamento muchísimo lo que acaba de ocurrir; pídoles disculpas y permiso para retirarme, y cuando mamá se entere seguramente me prohibirá que de hoy en adelante siga siendo amiga y compañera de una niña tan traviesa como Celia.

JOSÉ.—Lo mismo pienso yo, señora, ruégole nos perdone por haber sido causantes de este disgusto para usted; pero no fué nuestra la culpa... ¿Qué dirá mamá, cuando sepa que todo fué invención de Celia! (*CELIA sigue llorando*).

PACA.—Siñura, yu nu tendría que hablar, peru me parece que di hoy in adelante, la niña Celia nun se atreverá a hacer una cosa semejante. Nun vé usté comu llura arrepentida? Cun la verjuenza que acaba de pasar yo creu que está muy bien castigada y se curregirá para siempre. ¿Nun es verdad, niña Celia?...



(CELIA se acerca algo, pero siempre con el rostro cubierto, y entre sollozos, dice):

CELIA.—¡Mamá, mamá perdóneme usted, prométole... formalmente, que nunca más... haré travesuras... esto me servirá de escarmiento... desde hoy, su hija Celia será otra niña...

RAÚL. — (*Implorando*).
Sí, mamá, perdónela, ha sido una travesura...

MARÍA.—Señora, yo también pediré en nombre de mis hermanitas y amigas, que la perdone a Celia ya que promete ser juiciosa de

hoy en adelante, y nosotras seguiremos así, siendo sus amiguitas de antes.

LA MAMÁ.—Bien, Celia, yo te perdono y espero que tú sabrás cumplir con tu promesa; las niñas deben ser juiciosas, pues a veces hay travesuras que traen consigo funestas consecuencias. Ven, abrázame. (*Se abrazan, todos aplauden*). ¡Muy bien!

LA MAMÁ.—Ahora yo, festejando la terminación de las travesuras de mi hija Celia, les invito a que tomemos el chocolate contentos, yo les acompañaré, y olvidaremos el mal momento que esta traviesa nos hizo pasar.

OSCAR.—Yo pido un aplauso para Celia, pues desde hoy dejará de ser *Celia la traviesa*, para ser *Celia la juiciosa*.





MI PABELLÓN

Del cielo diáfano y puro
Copió Belgrano el color,
Y la bandera argentina
Que tenemos, nos legó.

* * *

¡Viva!, pues, nuestra bandera
Y viva su creador,
Que no hay sobre la tierra
Más hermoso pabellón.



¿QUÉ CARRERA SEGUIRÉ?

MONÓLOGO

Estoy solo, y se me ha ocurrido ponerme a meditar: el silencio de la casa se presta y favorece la meditación, todos se han ido a paseo; ¡ya se nota que no están los chicos! porque si no... ¡qué batahola!

Sí, señores, el silencio me ha invitado a pen-

sar, y cosa seria, es la que yo debo resolver; muy seria, muy transcendental, muy importante, muy necesaria, muy... y ya no se me ocurre otro adjetivo...

Verán ustedes si es importante y necesaria. ¡Se trata, nada menos, que de elección de carrera! ¿Lo imaginaban ustedes acaso? No, señores; pocas veces se ofrece un problema de tan ardua y difícil solución. Y no hay vuelta, debo contestar a mi padre, que la semana pasada me llamó al escritorio, y muy serio y ceñudo, me dijo: —Luis, tienes 14 años; ¿qué te parece? Yo, a los 14 años, me creía ya un hombre y pensaba como tal; tú, eres un chiquillo y no piensas más que en jugar y hacer travesuras a la par de tus hermanitos pequeños.— Le interrumpí yo. Pero, papá, ¿llama usted hacer travesuras atarle la cola al perro para ver como gira vertiginosamente para alcanzarla? ¿Llama usted hacer travesuras, que a Pepe, el cocinero, le llene la cacerola de agua para que, al sacarla distraído del estante y creyéndola vacía se dé una ducha? Esas y otras semejantes son bromas, papá, bromas y nada más...— Papá, iba ya a reírse; pero recobró su seriedad y continuó...—Bien; dejémonos de bromas y hablemos sensatamente. Tú debes elegir una

carrera. No quiero yo imponerte mi voluntad, te doy tiempo hasta el próximo lunes para que resuelvas y me contestes.—¡Hum!...—dije yo —eso es algo difícil.— Difícil o no — siguió papá — debes resolverte; o ¿crees tú que te dejaré andar por ahí no pensando sino en molestar al vecino, al perro, al gato y cuanto bicho viviente se pone al alcance de tus fechorías? ¡No, no y no!... Tú eres el varón único en la familia y eres el mayor; ¿debes dar ejemplo de seriedad y sensatez a los demás, los medios para procurarte cualquier carrera que elijas por costosa que sea, no me faltan, pero falta tu decisión y voluntad... Te dejo ahora y... hasta el lunes, con la determinación tomada, porque sino, determinaré yo.

¡Señores, hoy es domingo! Mañana debo contestar; hoy viendo la casa vacía, pensé que el momento era propicio y aquí me tienen en el atolladero y no sabiendo por dónde salir... (*Se pasea meditabundo*). ¿Qué trabajo elegiré? ¡Son tantas las actividades humanas! que para hacer más pronto, mejor sería no resolverse por ninguna. ¿Seré médico?... ¡Uf, que calamidad, tiene uno primero que exponerse a mil enfermedades cuando estudia en los hospitales, en la Facultad, en la Morgue!... Tiene uno que

sufrir ciertos olorcitos, que me dice mi primo Héctor que se veía a menudo obligado a taparse los oídos, ¡digo! ¡las narices!... Luego, se recibe uno y... no dormir de noche, porque un enfermo le llama; y no hay lluvia, ni frío, la profesión lo reclama y... ¡guay! ¡con rehusarse!... Ni comer tranquilo, tocar tantas (*ba-
jando la voz y con picardía*) inmundicias... ¡Oh, no, no seré nunca médico, mi estómago y mis hábitos no lo tolerarían!

¿Seré maestro?... No me desagrade esta carrera; pero... eso de lidiar con chicos, que lo aturden a uno a preguntas, que lo acosan con sus diabluras de niños... eso no reza conmigo, ¡que soy tan serio! y lo peor es que, si uno se fastidia no se les puede dar un buen revés como hago con Lilita, Julia y Rosita cuando me molestan. Y después, no hablemos de los demás inconvenientes: habla que te habla para explicar hoy, mañana y siempre, y no hay ronquera, ni boca seca que valga, hay que enseñar, porque sino los Directores e Inspectores... ¡No, no, no seré nunca maestro!... ¿Abogado? Veamos... ¿Qué hacen los abogados? Defienden reos, inician y tramitan pleitos, ¡hum... no es muy lindo eso, que digamos! Yo tengo un corazón muy sensible y, seguramente, si el *defen-*

sor del contrincante de mi defendido sabe tocarlo... ¡pobre de mi cliente! Yo lloro de seguro y lo pierdo... ¡y después? las consecuencias... No me pagan... y ¡quién sabe si no me muelen las costillas!... Además, siempre he oído decir, que para ser buen abogado hay que ser buen pillo... y yo no tengo nada de tal. No me conviene la carrera... ¡Y si me decidiera por la odontología?... Parece que los señores dentistas son los más afortunados en cuanto a que no les faltan clientes y cobran bien... Pero... ¡ciertas bocas! ¡ciertos flemones, fístulas y qué sé yo qué otras cosas más le oigo nombrar a Mateo, el paisano de mi tío Doroteo; parece que no son cosas muy agradables las que tienen que manosear los señores odontólogos! ¡No, no, no me resuelvo por la cuestión dientes!...

¡Elegiré la carrera militar! ¡Esa sí que es hermosa! ¡Ah, los uniformes, las charreteras, los galones, el sable, las espuelas! ¡Eso sí que mete ruido e impone! ¡Quién no se detiene al paso de un militar? ¡Cómo se les mira! ¡Y qué respeto imponen! ¡Que admiración! Eso sí, me gusta a mí... (*Con resolución*). Seré militar, tendré un regimiento a mis órdenes y ¡qué disciplina! ¡Temblarán con sólo mi presencia!...

(*De súbito*). ¿Pero y las guerras? brrr, eso me hace temblar a mí... Mandar a los soldados: ¡flanco derecho, dré!... ¡paso redoblado, march!... eso es magnífico, ¡estupendo!... pero mandarles: ¡A la carga!... Avancen, ¡fuego!... y las balas que silban, el humo que asfixia, el cañón que hace retemblar el suelo, ¡oh... no, no, no, no seré nunca militar!... pierdo la estabilidad (*tambaleándose*) al sólo pensarlo. Pero... ¡oigo ruido! (*Escucha*). Sí, son los chicos y mamá que vuelven, ¡ya no podré meditar ni resolver! Y mañana debo contestar a mi papá... ¿Qué le diré? ¿Que le podré decir!... (*Resuelto*). Le diré que todas las profesiones y oficios tienen tales inconvenientes para la tranquilidad individual, que yo resuelvo hacerme ¡*rentista*!... ¿Aprueban ustedes mi resolución? Si así es, aplaudan, y yo me alegraré de haber pensado como ustedes.



EL INVÁLIDO

He luchado con valor
Y en cien combates vencí;
Jamás conocí el temor,
Ni ante las balas huí.

Cuando el clarín nos llamaba
Y la granada llovía,
Y las balas que silbaban,
Buscarme a mí parecían,

Entre el humo que asfixiaba
Y el fuego que enceguecía,
La sangre se me inflamaba,
Cobrando más energías.

El redoble del tambor,
La voz del jefe anhelante,
Infundíannos valor
Llevándonos adelante.

Y así, corriendo y luchando,
Sudoroso y jadeante,
Caí mil veces llamando
A mi Patria, delirante.

* * *

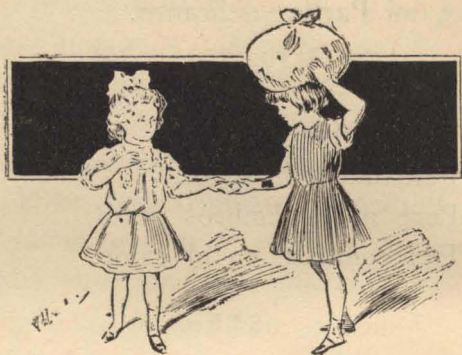
Yo mil lauros recogí
Peleando con valor,
Pero mis miembros perdí
Del combate en el calor.

* * *

Un triste inválido soy,
Mas mi Patria, esplendorosa,
Levanta en el día de hoy
Su cabeza majestuosa.

* * *

Llena de gloria inmortal,
Que es mi mayor alegría,
De honor en un pedestal
Se yergue la Patria mía!



CARIDAD

DIÁLOGO

PERSONAJES: DELIA Y LÍA (*Compañeras*).

ESCENA: *Una habitación, que representa un escritorio.*

ESCENA ÚNICA

LÍA.—Dime, Delia, ¿has tratado ya el tema que nos dió hoy la Señorita? Yo no sé cómo empezar.

DELIA.—A la verdad, que resulta un poco difícil. Yo tampoco empecé la mía; pero debe-

mos hacerlo de una vez, porque no sea cosa de que vayamos a sacarnos un cero.

LÍA.—Tú dices bien: debemos hacerlo, pero... ¿cómo? ¿qué decir? (*Cabizbaja y pensativa*).

DELIA.—Yo le pregunté a mamá, anoche, y ella me dijo: «Piensa, tú, hijita, pues es bueno que ejercites tu mente y tu imaginación, muéstrame lo que hagas, y yo te diré si está bien o no». Pero yo no he hecho nada todavía, y no tengo, por lo tanto, nada que poder enseñarle.

LÍA.—¿Quieres que probemos las dos? Quizás juntas acertemos y entre ambas podamos hacer algo aceptable. Ven, siéntate; aquí tienes papel y lápiz. (*Se sientan ambas cerca de una mesita en la que hay papel para escribir*).

DELIA.—(*Escribiendo*). «La Caridad». Ya está el título; probemos a desarrollarlo.

LÍA.—Yo lo haría muy pronto; pero como la Señorita nos recomendó que procuráramos tratar bien el tema y decir en qué forma creemos nosotras que puede practicarse tan bella virtud, eso me tiene algo preocupada.

DELIA.—Oye: yo creo que todo aquel cuyo corazón grande, noble y desinteresado se conmueve ante la desgracia ajena y prodiga los consuelos que tiene a su alcance, es caritativo

LÍA. — Bien dicho ; ¿y el que enseña al que no sabe ? El que da un buen consejo a quien lo necesita y le saca del sendero del vicio para mejorarlo y hacerle amar la virtud y el deber, ¿no crees tú que practica también la caridad ?

DELIA. — ¡Oh! sí, sí, Lía ; y ¡qué caridad grande ! ¡regenerar ! ¡dignificar ! Eso es mejor, mucho mejor, a mi ver, que dar una moneda.

LÍA. — Y la obra de nuestra compañera Dolores, ¿no es la caridad en su mejor expresión ? ¿No sabes tú que todos los días, apenas termina sus deberes escolares, corre a casa de Josefa, la hija de su lavandera, que tiene a su madre en cama y a cinco hermanitos pequeños que cuidar ? Permanece allí hasta la noche, ayudándole en la tarea de atender a la enferma y a las hermanitas ; y cuando ya no queda nada qué hacer vuelve a su casa, tan feliz y contenta como si viniera de una excursión o paseo.

DELIA. — Sí, esa es caridad. ¡La caridad es amor, es afecto, es caricia, es consuelo ! y Dolores deja todo eso en el hogar de su amiguita Josefa.

LÍA. — Ya ves cómo entre ambas vamos encontrando la forma con qué desarrollar el tema de nuestra composición.

DELIA. — (*De súbito*). ¡Ahora, que me acuerdo !

Ayer vino Raúl muy tarde a casa, y cuando mamá se disponía a amonestarlo por su demora, se adelantó aquél y le dijo: « Si vieras, mamá; ¡vuelvo triste y alegre a la vez! »

— ¡Hola, hola! — dice mamá — ¿ cómo es eso? ¿ alegre y triste? ¡ Ya, ya, tú quieres hacerme olvidar que son las seis de la tarde y que hace una hora debías haber vuelto del colegio!

— No, mamá; escúchame y verás. Salía precisamente de la escuela, cuando pasó por la



puerta un anciano que parecía no poder caminar, tal era la lentitud de su paso; iba agobiado y suspiraba penosamente. Noté, al observarlo, que con el bastón que llevaba iba tanteando la acera como temiendo pisar mal; llevaba unos gran-

des anteojos, pero parecía no ver nada; ¡ cuánta pena me dió! No pude resistir y me acerqué a él, diciéndole: « Señor, disculpe: páreceme que usted no ve bien; quizás viva usted

lejos y está obscureciendo; ¿quiere apoyarse en mi brazo, decirme su domicilio y permitirme que le acompañe? » ¡Si vieras, mamá, la alegría que inundó el semblante del anciano! Su voz temblaba, cuando me dijo: « Gracias, niño, eres un excelente muchacho; acepto y agradezco tu compañía ». Se apoyó en mí, fuimos conversando amigablemente, como si siempre nos hubiéramos conocido, y le llevé hasta su casa, una pobre casucha vieja. ¡Pobre anciano! Me dijo que no tenía a nadie, que era casi ciego y que carecía de familia; me abrazó, y parecía que lloraba cuando me dió las gracias. ¡Ah, mamá! por eso estoy alegre y triste: estoy contento, porque creo que hice bien en acompañarlo; y triste, porque pienso que ese pobre anciano se quedó tan solito!... (*Pausa*). Mamá lo abrazó y lo besó, felicitándole por su buena obra. En ese momento todos éramos felices.

LÍA.—Es natural: todos sentían y participaban de la felicidad que había proporcionado. Ya ves, Delia: eso también es caridad. Sí; no sólo la moneda que se da, sino el dolor que se mitiga, el consuelo que se brinda, la lágrima que se enjuga, el ánimo que se infunde, la alegría que se provoca, la pena que se alivia; ¡todo, todo eso es caridad!

DELIA. — ¡Oh! Lía, ya lo ves; yo creo que si transcribimos los pensamientos que acabamos de enunciar, no sólo cumpliremos con el deber pedido sino que mereceremos los plácemes de nuestra buena maestra. A trabajar, pues, ambas: tú por ahí, yo por acá, y luego nos consultaremos; y vosotros, señores (*al público*), que nos habéis escuchado, si creéis que hemos acertado... un aplauso; sino... ¡chist, chitón! no nos abochornéis, pues no nos faltó la voluntad de hacerlo.





LA MUÑECA

MONÓLOGO

PERSONAJES:

UNA NIÑA Y UNA MUÑECA, *a quien conversará.*

Qué linda es mi muñequita,
¿La véis? ¡es un primor!
Todo en ella es muy hermoso,
Es más radiante que el sol.

Yo la adoro a mi muñeca,
Yo la amo con fervor,
Es mi dicha, es mi alegría,
Es mi vida, es mi ilusión.

Las hebras de su cabello
Más suaves que seda son,
Y sus ojitos, luceros
Que alumbran mi corazón.

De sus iris el azul,
Que contemplo yo extasiada,
Es el azul de este cielo
De mi Patria idolatrada.

Su sonrisa, que semeja
La de un ángel celestial,
Es rocío que a mi alma
Baña y riega sin cesar.

Disipando así las penas
Que a menudo siento ya,
Cuando pienso que mi nena
Se me podría enfermar.

Sus dientecitos son perlas
En estuche de coral,
Dientecitos primorosos,
Muy preciosos, ¡sin igual!

Pero, más que todo esto
Que os acabo de nombrar,
Tiene mi linda muñeca
Una grande cualidad.

Es muy buena mi muñeca,
Tan buenita, que jamás
Llora, ni grita, ni sueña,
Ni pretende cosa alguna
Que no se le pueda dar.

Si quiero que duerma, duerme;
Si quiero que no se mueva,
Ahí la pongo, sin temor
Que se escape ni se caiga,
Y me dé así un gran dolor.

Quietecita permanece,
En espera de mamá,
Sentadita en la sillita
O tirada en el sofá.

Es mi muñeca una joya
De valor incalculable;
Muy juiciosa, razonable,
Un tesoro de bondad.

Cuando pienso que algún día
Puede enfermarse y morir,

La acerco más a mi pecho
Con miedo y ansia febril.

Cuando pienso que algún día
Ella pudiera faltar,
Me ahoga el llanto y comienzo
A solas a sollozar.

Así, le dije a mamita
Un día en conversación,
Y ella me dijo: ¡Hijita,
Es que tienes corazón!

Y piensa, me dijo luego,
En la pena que tendrán
Las mamitas que a sus hijos
Se los llevan a enterrar.

Tu muñeca, vida mía,
Por otra podré reemplazar,
Si es que algún día se pierde,
Se rompe y no sirve más.

Pero si tú me faltaras,
No habría quién reemplazara
Tu vida, que es de mi vida
La mayor felicidad.

Y si la muerte, hija mía
Te llegara a arrebatár,
Contigo irían, hijita,
La dicha de nuestro hogar.

Es esta nena, señores,
La que me hizo comprender
Lo qué valen las mamitas
Y cómo nos saben querer.

Por eso es, que yo a la mía
La quiero hoy mucho más,
Pues comprendo lo que vale
El ser de veras mamá.





EL DÍA DE LA ABUELA

PERSONAJES :

SUSANA — RODOLFO — ALFREDO — ANDRÉS — OSCAR
— ADELA Y LUISA, *hermanos* — LA ABUELITA
Y LA MAMÁ

ESCENA: *Una habitación, representando un escritorio. Sentado, en actitud de escribir, aparece un niño, RODOLFO. En la habitación mencionada se desarrollan todas las escenas.*

ESCENA I

RODOLFO Y SUSANA

RODOLFO. — Estoy apuradísimo por terminar mi deber; pronto vendrá Susana para empezar

el ensayo de la fiestecita que debemos ofrecer como obsequio a abuelita, pues el domingo es su cumpleaños. ¡Qué contenta se pondrá cuando vea en qué forma hemos querido sorprenderla en su día! ¡Es tan buena, abuelita, y la queremos tanto!

SUSANA.—(*Entrando y palmeando las manos*). ¡Ea, Rodolfo, apúrate; ¿has terminado? Es necesario que ensayemos, estamos a miércoles y ni un solo ensayo tuvimos, no tardará en llegar el domingo y lucida saldrá nuestra fiestecita!

RODOLFO.—Ya está, puedes llamar a los demás chicos y ejercer tus funciones de director. (*Levantándose*). Aquí estoy, a tus órdenes.

SUSANA.—Oye, Rodolfo, yo he pensado que, como abuelita es tan patriota, no cabrá en sí de gozo cuando vea que para festejar su día hemos resuelto improvisar un cuadro patriótico, hablando de nuestros héroes San Martín, Belgrano, Moreno, en la forma digna que ellos merecen. Pero, es necesario que todos tengamos nuestros papeles muy bien aprendidos y como si cunde la noticia no habrá sorpresa, debemos aprovechar los momentos verdaderamente oportunos para nuestros ensayos. Ahora abuelita está con mamá en la pieza de costura; conversan muy entretenidas y tendrán para

rato, aprovechemos, pues, y veamos cómo van los actores. (*Asomándose a la puerta, llama*): Alfredo, Oscar, Adela, Luisa, vengan pronto, que los necesito. (*Los niños acuden, corriendo*).

ESCENA II

SUSANA—RAÚL—ALFREDO—OSCAR—
ADELA—LUISA

LUISA.—¿Qué nos quieres? Aquí estamos, has interrumpido nuestra mancha encadenada.

SUSANA.—Deseo que ensayemos, pues el domingo se acerca. ¿Estudiaron bien sus partes?

TODOS.—Sí, sí, la sabemos muy bien.

SUSANA.—Vayan a ponerse cada uno su traje; deseo que el ensayo sea completo, y entrarán cada cual a su turno; yo tengo el mío, voy por él. Tú, Rodolfo, puedes empezar.

(*Salen los niños por el fondo. SUSANA por la izquierda*).

ESCENA III

RODOLFO

RODOLFO.—(*Paseándose pensativo y como hablando consigo mismo*). Vaya con el tema de composición; verdaderamente lo encuentro difícil, no por el asunto, sino por la forma en que

debe ser tratado; los personajes son conocidos, ¿pero sabré hablar de ellos en una forma aceptable? ¡Cómo desearía ser yo el que triunfara en el certamen de historia! ¡Sacar una medalla de oro! ¡Recibir los plácemes del Director, Maestro, padres, hermanos; ser felicitado, qué honor!

Es inútil, si no empiezo de una vez, nunca haré nada. ¿Qué, no me gusta lo hecho?, lo rompo y hago otra. La idea de Susana ha sido espléndida. Cada uno de mis hermanitos encarnará un personaje. Eso hará revivir mejor en mi mente sus hechos; impresionarán mi espíritu y con el entusiasmo por guía, mi trabajo saldrá, sin duda, excelente. Susana es «La Argentina», ella debe empezar. (*Asomándose por donde saliera SUSANA, llama*): ¡Susana!

ESCENA IV

RODOLFO Y SUSANA

SUSANA.—(*Entrando*). ¡Qué orgullosa me siento; hoy es mi día! Las naciones todas del orbe me saludan, inclinándose reverentes ante mi augusta majestad. Templan los poetas sus li-ras para cantarme en estrofas inmortales; pulsa el músico las cuerdas, arrancando notas de

armonías indefinibles. ¡Luce el sol sus mejores galas y el cielo sus colores más hermosos!

Acuden presurosos mis hijos a saludarme; los vítores surcan los aires; agítanse las palmas, y toda la creación, en un conjunto de armonías, de luces y colores, saluda mi grandeza, mi honor; ¡canta mis glorias!

Conmigo, se sienten igualmente felices mis predilectos, mis defensores, mis mártires. Vedlos ahí, su semblante irradia la felicidad más completa; oid cómo expresan su complacencia ante el homenaje merecido.

ESCENA V

SUSANA — RAÚL — OSCAR

OSCAR.—(*Representa a «San Martín». Entra, y dirigiéndose a LA PATRIA, dice*): ¡Oh, madre venerada! ¡No escuchas acaso las dianas triunfales y los himnos de victoria con que te ofrendan en este día? ¡Tu gloria, fué mi guía; tu libertad, mi única ambición; tu grandeza, mi aspiración! Por ellas luché, por ellas atravesé un día esa gigantesca mole que se levanta cual titán invencible para defender tus límites; por ellas luché como un bravo, olvidándome hasta de mi propia vida; por ellas y por ti, gasté

mis mejores energías y todos mis entusiasmos. Hoy, que te veo grande y bella, libre y soberana, siento que un gozo inefable invade mi ser, y me digo: ¡Esa es mi obra! ¡Esa es mi ofrenda, Patria amada! ¡Esa es mi gloria!

SUSANA.—Ven a mi lado, hijo predilecto, tu dicha es justificada; fué tuyo el sacrificio, tuyo es el honor.

(*«San Martín» pasa a la derecha de «La Argentina»*).

ESCENA VI

SUSANA—RAÚL—OSCAR—ALFREDO

ALFREDO.—(*Representa a «Belgrano». Entra, y se inclina reverente ante «La Argentina»*). Despertéme de mi sueño ante las invocaciones de tu pueblo. ¡Yo no soy el coloso de tu historia, Patria mía!, pero mi sangre corrió generosa por ti. ¡Te amé siempre con delirios de adulto y candores de niño! Tu cielo, de color infinitamente bello, supo inspirarme; mi orgullo es tu Bandera, que es mi Bandera, y a quien por primera vez hice flamear. Contempla hoy, Patria querida, a tus hijos con qué bríos levantan tu lábaro inmortal; ve cómo el anciano y el niño se descubren y aplauden a su paso y ella,

ondulando majestuosa, parece devolverles en una caricia, su saludo. Por ti luché, lloré como un niño en la derrota, oré en el triunfo; a ti subió mi plegaria; mi vida entera fué tuya, y hoy, en que todos te saludan, vine de nuevo a ofrendarte mi homenaje cual niño cariñoso. ¡Acéptalo, Patria, y goza de tu grandeza! ¡Yo seré feliz con ello y por ello!

SUSANA.—(*«La Argentina»*). Cual este titán, eres tú también mi paladín. Ven, acércate, y permitidme ambos que me sienta más fuerte y grande teniéndooos cerca de mí. (*Pasa a la izquierda de «La Argentina»*).

ESCENA VII

ANDRÉS Y SUSANA

ANDRÉS.—(*Representa a «Moreno»*). (*Adelantándose a LA PATRIA*). Patria idolatrada, a quien dediqué siempre mis más ardientes entusiasmos, vengo a rendirte mi homenaje en este, tu día. Escucha... ¿Oyes? ¡Cuán fogoso es ese orador! ¡Cuánto entusiasmo en sus palabras! ¡Que virilidad en sus gestos! Es que el sacrosanto patriotismo le inflama, le inspira, le anima. Renacen con ellos mis bríos, siento con él bullir en mi sangre, demasiado vieja ya, el fuego de

la juventud; recuerdo mis luchas periodísticas, me veo transportado al escenario en que actúe y luché a brazo partido. Las palabras a borbotones fluyen a mis labios y pugnan por salir en torrente desbordante, y al verte, señora, tan dueña de tu porvenir, agasajada por tus hijos, que te dedican sus mejores energías; perdona, si crees que hay en ello vanidad, pero me siento orgulloso de ser argentino y de haber sabido hacer por ti, lo que hará siempre y al través de los siglos el que con honor quiera y sepa llevar el nombre de argentino.

LA PATRIA.—Hijos queridos, que supisteis cumplir con los deberes que teníais para con vuestra madre Patria, aumentáis mi gloria de este día; con vuestro saludo, teniéndoo así, cerca de mí, sé que mi porvenir será tan bello como el presente; viéndoo, se inspirarán mis hijos de hoy en vuestras hazañas.

Si mi cielo se nublara algún día y la pólvora obscureciera un instante los rayos de mi sol, bastará vuestra presencia para que en cada soldado surja un San Martín y un Belgrano. Y si la mente ofuscada de cualquiera de mis hijos soñara para mí un porvenir dudoso, bastará, Moreno, tu presencia, para que, recordando: «Que ningún argentino, ni ébrio ni dormido, debe te-

ner impresiones contra la libertad de su Patria» vuelva sobre sus pasos y el Sol de la Libertad que surgió el 25 de Mayo de 1810, inunde con su luz radiosa todo mi suelo, asegurando las mejores garantías a los que en él habiten.

Quedaos aquí, cerca de mí, las ofrendas que a mí vengan, serán vuestras; vosotros las conquistásteis.

ESCENA VIII

LUISA Y SUSANA

LUISA.—(*Representa «La Poesía»*).

¡Oh! Patria Soberana, Augusta Patria mía,
Permíteme que pueda con santa inspiración,
Cantar con mis estrofas de célica armonía,
Un himno a tu grandeza, que es tanta, Patria mía,
Que no podrá igualarla, jamás otra nación.

* * *

Permíteme que pulse las cuerdas de mi lira
Y que arrancarle sepa ¡tan bella, una canción!
Que no haya, no, en la tierra, canción como la mía
Que agasajarte pueda mejor en este día
Y revelarte, ¡oh, Patria!, mi ardiente adoración.

* * *

Tus héroes son tan grandes, tan magnas sus hazañas,
¡Que no son sólo héroes, sino titanes son!
Que en todo el orbe entero, no hay, no, Patria mía
Quien rivalice en tino, valor y gallardía
Con los que de este cuadro el digno marco son.

LA PATRIA.—¡Cantad, Musas, entonad vuestras
estrofas y el universo las repita al través de
los siglos! ¡Esa, también, es grandeza y es honor!

ESCENA IX

ADELA Y SUSANA

ADELA.—(*Representa «La Música»*).

¡Vengo, Patria adorada, templando mi laúd, a
entonarte los himnos más dulces, las canciones
mas armoniosas. Las marchas y dianas triun-
fales resonarán por todos los ámbitos de tu
suelo, todos escucharán embelesados el armó-
nico son. Multiplicaré al infinito las notas de
mi pauta para poder, a raudales, derramar ar-
monías que sean dignas de tus glorias, de tus
héroes, de tu grandeza!

LA PATRIA.—Al verme así honrada y agasa-
jada, comprendo que la sangre de mis héroes
circula siempre por las venas de los hijos de

este suelo. Esa es la mejor garantía de mi porvenir. ¡Oh, San Martín, la Independencia que tú aseguraste será eterna, sin duda como el Andes que tú hollaste vencedor! La enseña que tú me legaste, ¡oh, Belgrano! seguirá flameando sin mácula y su sol será cada vez más radiante. Vosotros ¿no lo véis? Vivió en el corazón, en la mente de cada uno de mis hijos, el patriotismo que inspiró tus mejores días.

¡Oh, Moreno no ha muerto! ¡Ved como vuestro ejemplo perdura, ved como vuestra obra es inmortal! Brille siempre el Sol de la Libertad, resuenen siempre los himnos de victoria de uno al otro confín del territorio, surjan de todos los pechos promesas de labor honrada y se abrirá más profundo cada día el surco del progreso.

ESCENA X

RODOLFO Y SUSANA

RODOLFO.—(*Aplaudiendo*). ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Y qué composición haré! De seguro que el premio será mío. El entusiasmo que me anima iluminará mi pensamiento; mi pluma volará y de seguro que sabré expresar en forma sentida: ¡qué es la Patria y qué es Patriotismo!

SUSANA.—(*Bajando la voz*). Ahora a guardar pronto los vestidos, no sea que...

ESCENA XI

TODOS Y LA ABUELITA

LA ABUELA.—(*Asomándose*). ¿Puedo abrazarlos desde hoy? (*Entrando*). ¡Hijos queridos! ¿De dónde pudisteis sacar frases tan hermosas y oportunas? ¿Quién os ha dado el medio de poder proporcionar a vuestra querida abuela un placer tan grande?

(*Los niños, con la cabeza baja, no caben en sí de la sorpresa*).

(LA ABUELA, *prosigue*). ¡Hablad, ¡qué!.. ¿No queríais que os hubiese oído? ¡Y sabéis cómo amo yo a mi Patria!

RODOLFO.—No es eso... es que...

SUSANA.—Es que nosotros...

ESCENA XII

TODOS Y LA MAMÁ

LA MAMÁ.—(*Entrando*). ¡Ja, ja, ja! Con que ya no habrá sorpresa, sino que son ustedes quienes se han dejado sorprender. ¿Y esto?...

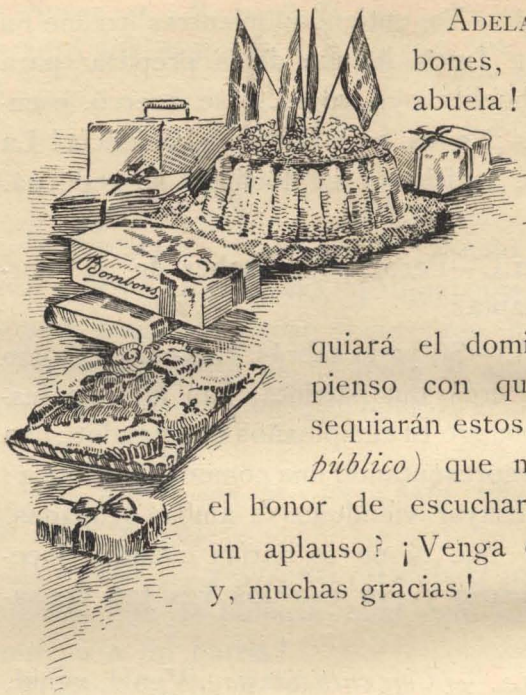
SUSANA.—Hemos querido ensayar y abuelita...

LA MAMÁ.—Ya entiendo; mientras yo me fuí a indicar a Lucía lo que debía preparar para la cena, abuelita oyó voces... se acercó, escuchó y oyó. ¿No es así? Bueno. ¡Paciencia! La sorpresa se anticipó y el domingo se repetirá. ¿Verdad?

LA ABUELA.—Pero ¿podré saber de qué sorpresa se habla?

LA MAMÁ.—Sí, ya lo sabrás. Los chicos, como saben que eres tan patriota, han querido festejar el domingo tu cumpleaños ofreciéndote una fiestecita y representando una comedia patriótica; quisieron ensayar viéndonos a ambas ocupadas, y pensando que tú no te darías cuenta. Sucedió lo contrario y por eso los ves tan apesadumbrados.

LA ABUELA.—(*Con entusiasmo*). Venid, venid, aquí, acercaos, que os abraza. (*Se acercan todos*). Mi corazón rejuvenece ante estas muestras de cariño y, sobre todo, me alegra que hayáis sabido interpretar ¡tan bien! mis sentimientos. El domingo la repetiréis; vendrán vuestros amiguitos y yo volveré a aplaudiros. Ahora, quiero caritas sonrientes; a saltar y yo me iré a pensar que os compraré para agradeceros la demostración.



ADELA. — ¡Bombones, bombones, abuela!

OSCAR. —
¡Abuelita
pensará
con qué
nos obse-

quiará el domingo y yo
pienso con qué nos ob-
sequiarán estos señores (*al
público*) que nos hicieron
el honor de escucharnos? ¿Con
un aplauso? ¡Venga el aplauso,
y, muchas gracias!



ANHELOS

Quisiera ser como esos pajarillos
Que vuelan sin cesar,
Y poder remontarme a las alturas
Gozándome en la paz

Que reina en las esferas superiores
De nívea claridad;
Esfera do los males de la vida
No pueden penetrar.

* * *

Quisiera ser la nube, que ligera,
Corre sin descansar,
O la flor que fragante y exquisita
Miramos balancear ;

* * *

Porque el ave y la nube, en las alturas,
Y la florcita aquí,
El alma llenan de delicias santas
Haciéndome vivir.

* * *

Mas ya que tal quimera, no es posible
Llegar a realizar,
Mi espíritu hacia Ti, Dios de los cielos,
Elevo con afán.



LA CAPRICHOSA

DIÁLOGO

PERSONAJES: UNA NIÑA, *como de 9 años*—LA ABUELITA

ESCENA: *Una pieza donde hay una mesa y unas sillas.*

ESCENA I

ANA.—Pues, señores, aquí me tienen ustedes encerrada y sin miras de poder escapar, pues las puertas son bien seguras y mamá las cerró por fuera, de modo que no me queda más que resignarme. (*Con pena*). ¡Y pensar que se acerca la hora de la merienda y que me quedaré sin te con leche y sin pan con dulce! (*Reaccionando*). Y todo ¿por qué? Ya verán ustedes por qué nimiedad; cuando se lo cuente ya dirán, como yo, que son ocurrencias de mamá (*con voz melosa*), y eso que siempre me llama su ¡pochocha! su ¡queridita! ¡Sí; queridita, muy queri-

quita, y aquí me deja sin jugar, sin correr y sin dulce!...

¿La causa? Pues, sencillamente: porque yo soy una personita de mucho carácter, que cuando me propongo hacer una cosa, la hago, cueste lo que cueste; sí, señores, la hago. Hoy me propuse salir a jugar en el momento que llovía a cántaros. (*Imitando la voz de la mamá*). «Ven acá, nena, ven acá; no andes chapaleando agua, que puedes resfriarte». Pero yo seguí corriendo, porque se me había antojado hacerlo. Sin más ni más, me llamó mamá y me trajo aquí, encerrándome. ¡Ah! mamá es como yo: ¡enérgica! ¡inflexible! Si no fuera porque a menudo intercede por mí abuelita, creo que pasaría la mayor parte del tiempo cumpliendo penitencias. ¿Por qué!... por lo que a mamá se le ha dado en llamar caprichos. Y no es más que la manera de pensar mía, distinta de la suya: que se me antoja salir a paseo, y no quiere; que quiero ponerme el vestido color cereza, y no el azul; que quiero que me compren bombones... Pues no; basta que yo lo quiera para que me diga ella (*imitando la voz de la mamá*): «Hoy hace frío, está el día húmedo, no puedes salir»; o sino: «hoy hace mal tiempo para el vestido cereza, debes ponerte el azul»; o

« no seas golosa, hijita ; el domingo te obsequiaré con bombones si te portas bien »... Es claro ; yo que tengo mucho carácter, grito, lloro, me enfurezco y hasta pataleo ; y, naturalmente, con la batahola acude abuelita (*imitando la voz*) : « ¿ Qué pasa, qué le sucede a esta chicuela tan gritona ? Vamos, vamos, no seas tan alborotadora ; tranquilízate ». Unas caricias, unas reflexiones a mamá y yo salgo con la mía ; tengo los bombones, pues abuelita me los proporciona ; me pongo el traje que quiero y me voy a pasear. Y a esto le llama mamá salir con mis caprichos. Yo no sé por qué entienden las cosas de tan distinta manera ; dicen que una persona debe tener carácter, no debe retroceder ante nada y cuando se propone llevar a cabo una cosa realizarla, y eso es lo que yo hago. ¿ No les parece a ustedes así ?... ¡ Ah, ja, ja, ja ! y lo más gracioso es que cuando se me enoja, mamá me trata con mucha distinción... ¡ Si vieran ! (*imitando la voz*) : « Señorita, pase usted aquí. Oiga usted lo que le digo. Sepa usted, señorita, que debe ser obediente »... (*Dando un suspiro*) ¡ Ay, y mi merienda, y mi dulce ! (*Acercándose a la puerta y aproximándose al ojo de la cerradura, grita a media voz*). ¡ Abuelita ! ¡ Abuelita ! venga a sacar a su nie-

tecita de este encierro!... (*Ábrese la puerta y entra la abuela*).

ESCENA II

LA ABUELA Y LA NIÑA

ABUELA. —¿Cómo es eso, Anita? ¿Otra travesura? ¡Ah, picaruela, tú no escarmientas! Has tenido suerte, pues llamaste en el preciso momento en que yo pasaba por aquí.

ANA. —(*Acercándose a la abuela y como implorando*). ¡Abuela! ¡abuelita! sáqueme de aquí, lléveme a comer pan con dulce!

ABUELA. —Veamos, veamos: ¿por qué te penitenciaron?

ANA. —¡Bah! por una tontera: por haberme mojado algo hoy cuando llovía.

ABUELA. —¡Ya, ya, una tontera! ¿Y no te dijo mamá que no salieras al patio? Las niñas deben ser obedientes.

ANA. —Sí, pero... es tan lindo correr por el patio húmedo desafiando la lluvia!...



ABUELA. — A ti te parecerá muy lindo, pero puede ser de funestas consecuencias, pues podrías contraer una enfermedad. Además, siempre deben las niñitas como tú escuchar los consejos de sus padres y mayores, porque no tienen juicio ni edad para saber lo que conviene hacer. Tú eres muy caprichosa y das muy a menudo disgustos a tu buena mamita.

ANA. — ¡Pero... abuelita! ¿No le dice usted misma siempre a mamá que ella es muy exigente, que se olvida que ha sido niña y tan pícara y traviesa como yo, o más tal vez?

ABUELA. — Eso le digo yo para calmarla y defenderte, porque, a la verdad, las quiero mucho a ambas y sufro y me apena verlas disgustadas. Hoy voy a interceder por ti, pero con una condición.

ANA. — ¿Cuál?

ABUELA. — Que me prometas formalmente no volver a ser caprichosa y que obedecerás a mamá.

ANA. — ¿Pero al tener carácter, al ser enérgica (*con énfasis*) le llaman ustedes *ser caprichosa*?

ABUELA. — Sí, querida, los tuyos son caprichos; cuando seas mayor y tengas juicio sobrado para comprender lo que haces, harás

muy bien en no desfallecer en tus empresas y en no darte por vencida, aunque se te presenten obstáculos; eso te será útil y te ayudará a triunfar en la vida. Ahora deja eso para tus padres y para mí; en la niñez, querida, no se manda, se obedece, ¿me entiendes?

ANA.—(*Con dulzura*). Sí, abuela, le prometo ser buena y obedecer a mamá; pero... vayamos pronto... ¿No se habrán comido todo el dulce mis hermanitos?

ABUELA.—(*Sonriendo*). ¡Picaruela! Cómo piensas en el dulce, ¿eh? Ven conmigo y juntas iremos a pedir perdón a mamá y prometerle la enmienda.

ANA.—Vamos, vamos. (*Volviéndose al público*). ¿Y a estos señores no les decimos nada?

ABUELA.—Diles tú lo que quieras.

ANA.—Pues yo les diré, a los niñitos, que aprendan de mí a no ser ya caprichosos; a los papás y mamás, que sean indulgentes con sus hijitos traviesos; a las abuelitas, que defiendan a sus nietecitas; y a todos, que nos aplaudan.

¡AMOR PATRIO!

Siento en mi corazón
Un amor puro y constante
Llama que arde incesante
Que jamás se extinguirá.

* * *

Amor al suelo nativo,
Y que mi pecho, anhelante
Y mi inspiración vibrante
Quiere en estrofas cantar.

* * *

Amor de niño inocente,
De hombre en edad viril,
No amor de uno, de mil,
Que inunda todo mi ser.

* * *

A mi Patria, que lo inspira;
A mi Patria, que lo alienta;
Doile mi vida contenta
Porque argentina yo soy!



CUADRO ANIMADO

EL SOLDADO—LA GLORIA—LA FAMA—LA LIBERTAD—LA PATRIA.

(Cada uno de los personajes, vestirá los trajes alegóricos).— Escenario con fondo representando un bosque al cual se supone ha llegado el soldado herido en la refriega y en su delirio ve a LA GLORIA, LA FAMA, LA LIBERTAD y LA PATRIA. — En el fondo del mismo, un trono sobre una tarima y sobre esa tarima permanecerán LA GLORIA, LA LIBERTAD, LA FAMA y LA PATRIA.

ESCENA I

EL SOLDADO.—*(Semicaído y hablando con dificultad).* ¡Cuánto luchar... ¡qué ruda fué la refriega! ¡qué intenso el batallar!... *(cómo asombrado)* y ¡yo vivo aún?... Sí, vivo, y la jornada ha concluido... *(Con júbilo).* ¡Oh, las dianas triunfales dejarán oír pronto sus notas armoniosas y los trofeos conquistados llegarán mañana hasta

allá! ... (*señalando a lo lejos*) nos aguardan ansiosos, corramos, corramos ... (*Intenta levantarse, pero lleva una mano al pecho y cae de nuevo, está herido*). (*Levantándose un tanto*). ¡Ay, qué dolor atroz! ... me había olvidado de mi herida ... ¿No podré retornar al lado de los míos victoriosos? ¿No abrazaré a esa anciana de canas venerables que, con lágrimas ardientes de amor materno, regó mis cabellos al partir? ... ¡Cuánta sería su dicha, si su hijo regresara victorioso al compás de las marchas triunfales! ¡Oh, Patria, tuya es mi vida, mas mi madre! ... ¡Cómo quisiera abrazarla y luego entregarte mi existencia si ella fuera necesaria para que La Libertad reine en tu suelo, para que La Gloria orne tus sienes y La Fama repita tus hazañas!!! (*Extenuado, vuelve a caer*). (*Toca su herida, haciendo muecas de dolor; pasa sus manos por la frente, que arde afiebrada*). (*Se incorpora un tanto y hace como si escuchara*). (*Hacia el fondo aparece LA LIBERTAD con su traje simbólico. EL SOLDADO, extenuado, escucha una voz como si viniera de lejos*).

(LA GLORIA, con una palma en la mano y un gajo de laurel en la otra, aparece también un poco más atrás y a su lado LA FAMA y LA PATRIA).

ESCENA II

EL SOLDADO Y LA GLORIA

LA GLORIA.—¡Soldado heroico, luchaste como un bravo. Tu sangre regó los campos de la Patria y selló los límites del territorio nacional! Los enemigos huyeron avergonzados de su derrota; la hermosa bandera triunfante flameó con orgullo pareciendo más bellos sus colores de cielo (*señala una bandera que está allí cerca*); las cajas de los tambores batían alegres dianas ¿oyes?, son los gloriosos y sencillos himnos triunfales de nuestros soldados. ¡Sonríe, sonríe! ¡Ves qué hermoso está el día! ¡Cómo brilla radiante el sol de gloria! ¡Cómo te aclaman! ¡Cómo te rinden el homenaje que mereces? ¡He aquí el mío, tuya es la gloria, pues tuyo fué el triunfo! (*Colócale en la cabeza una corona de laureles y sobre el cuerpo la palma que traía*).

EL SOLDADO.—¡Qué acentos sublimes! ¡Cómo siento renacer las fuerzas ante la idea de la Patria grande, libre y feliz! ¿Qué nueva voz hiere mis oídos? (*Escuchando*).—¡La Libertad!

ESCENA III

LA LIBERTAD Y EL SOLDADO

LA LIBERTAD (*adelantándose algo*). Aquí será mi reino desde hoy; de lejos vengo, atraída por el humo de la pólvora y el estampido de las balas; me acerqué, y, ¡oh, júbilo inmenso! vi encadenadas a la opresión, a la tiranía y a la esclavitud, que sollozaban y huían agobiadas por el peso de sus grillos. ¡Aquí es mi reino!, dije yo; aquí debo permanecer y erigir mi trono, al lado de La Gloria, mi hermana, para estrechar en un abrazo interminable a esta hermosa y joven nación, que tiene paladines titanes como tú, guerreros esforzados, luchadores incansables. ¿Lo ves? Este es mi trono; no descenderé de él jamás, mientras tenga defensores que sepan como tú combatir y vencer. (*Sube a un trono preparado al efecto y queda a su derecha LA GLORIA*).

EL SOLDADO.—¿Es entonces realidad la libertad de mi tierra natal? ¿Esos acentos sublimes no me engañan? ¿Esas eran mis ansias al partir para la lucha! ¡Vencer! Arrojar del suelo amado de la Patria los viles invasores que la oprimían, borrar las huellas de ese pasado do-

loroso y ver surgir radiante de luz el sol de la Libertad. ¡Oh, cuán hermosa te veo Patria Augusta; la Gloria te rodea, la Libertad se enseñorea en ti y la Fama pregona tus hazañas; sí, la escucho!... ¿Qué dice?...

ESCENA IV

LA FAMA Y EL SOLDADO

LA FAMA.—¡Detente asombrado, universo, detiene tu voraz carrera y contempla la nueva nación que acaba de surgir, gallarda, bizarra, fuerte, grande! (*Señalando a LA PATRIA, que se habrá adelantado, colocándose entre LA GLORIA y LA LIBERTAD*). Al través del tiempo y del espacio tus glorias se recordarán pregonadas por mí; las naciones todas del orbe las repetirán para orgullo tuyo y ejemplo de sus hijos. Levanta orgullosa tu cabeza en la que resplandecen los vívidos destellos del Sol de la Libertad, y florecen los laureles de la Gloria. Contempla tus bizarros paladines, esos titanes de valor llevado al heroísmo, vedlos, todos como éste, luchando con denuedo por ti y sintiéndose felices de dar por ti la vida. Su tesón es tu tesón, su honor es tu honor, su gloria es tu gloria. ¡Patria feliz! Acércate, escucha esas

notas armoniosas. Meditad sus estrofas vosotras como yo, ¡oh Libertad, oh Gloria!, y oiréis como saben ya cantarnos los hijos preclaros de esta noble tierra.

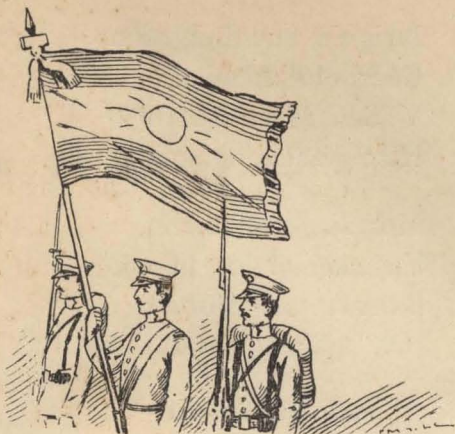
¡Mortales, oid: Ya su trono dignísimo abrieron las Provincias Unidas del Sud. Y los libres del mundo responden: Al gran pueblo argentino, salud!

Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa Nación
Coronada su sien de laureles
Y a sus plantas rendido un León.

EL SOLDADO.—Qué bellas palabras suenan en mis oídos... Cuánta es mi felicidad... Muero contento porque tú, ¡oh Patria, vives, vives y vivirás feliz, sí, por siempre gloriosa.

(Cae). LA PATRIA le cubre con una bandera; se oyen las notas del Himno y cae el telón.





ORACIÓN A LA BANDERA

Bandera azul y blanca,
Bandera inmaculada,
Emblema de la Patria,
Bandera idolatrada!

Bandera, que venero,
A quien mi vida ofrezco
Y a cuya vista siempre
De dicha me estremezco.

¡Oh! símbolo sagrado,
Emblema de la gloria,
Eres Luz, Paz y Progreso
Y numen de Victoria.

Insignia que Belgrano
Enarboló anhelante,
Y San Martín heroico
Hizo pasear triunfante.

Mortaja de Falucho,
Enseña de los libres,
Baluarte de Moreno,
¡Oh! palma inmarcesible.

Al cielo tú robaste
El blanco y el celeste,
Mil glorias conquistaste
Que nuestro orgullo son.

Escúchame, aunque niño,
Yo sé también amarte,
Y todo mi cariño
Anhelo yo ofrendarte.

En este día hermoso,
En que resuenan dianas,
Y el mundo jubiloso
Te aclama soberana,

Atiende mi plegaria,
Enseña idolatrada,
¡Bandera legendaria!
Emblema azul y blanca.



